

Acabo de ver á M. de la Cruz y me esperaba esta determinación. En el nombre de Dios todo poderoso, querida alma, vengo pues á decirte: Basta de expiación y de sufrimientos. Tu falta ha sido lavada por tus lágrimas. Tus remordimientos han consumido tu crimen, como el moho gasta el hierro. Bastante tiempo has combatido contra la tempestad, pobre nave desamparada: encuentras el puerto. *Hermana del Refugio*, ven con nosotras.

Y como, atónita, no comprendiendo sin duda, la condesa de Puysaie se callaba, la señora de Monte-Cristo prosiguió con el mismo tono enfático, y por decirlo así, profético:

— Ven con nosotras. Encontrarás á todas tus hermanas en miseria: — las víctimas y las arrepentidas; las que han sufrido y las que han hecho sufrir. — Delante de las primeras, la puerta se ha abierto de par en par, en seguida que han llamado á ella. Una prueba detiene largo tiempo á las otras en el umbral. Esa prueba, tú la has sufrido, y yo puedo, en fin, hacerte participar de nuestra tranquilidad, y de los consuelos divinos de nuestra obra.

— ¿Qué obra? balbuceó madama de Puysaie.

A un ademán de la señora de Monte-Cristo, Postel entró en el cuarto.

— Mira, continuó la Redentora, mira esa mujer. Esta jamás ha faltado. Víctima siempre, nunca ha respondido á los tormentos de otro modo que con una abnegación mayor en frente de sus verdugos. Desgraciada esposa, madre la mas infortunada, su vida no ha sido sino una larga tristeza. Cuando la encontré, ni una mano se habia tendido todavía hácia ella. Pues bien, ¿es eso justo?... ¿No es un deber para toda alma cristiana procurar consolar tantos dolores inmerecidos? ¿sostener estos pobres corazones mortificados que pudieran un día... ¡quién sabe!... sucumbir en fin bajo el cansancio, y responder á la injusticia con la maldición?

Pues bien, buscar esos sufrimientos ocultos, consolar esas desesperaciones, hé ahí una de las tareas de las *Hermanas del Refugio*.

También es una de sus tareas ir hácia aquellas que, como tú, han faltado, sondear pacientemente el abismo profundo de su corazón; encontrar en él y hacer brotar la chispa del arrepentimiento, semi-ahogada bajo la ceniza. Es su tarea prevenir la falta; librar á la jóven de las asechanzas incesantemente tendidas bajo sus pasos; apartar de su oído las fatales sugerencias del vicio y de la miseria.

Impedir que caigan, levantar á las que han caído; dar á las almas valientes que, sin reproches, pero no sin heridas, han atravesado las pruebas de la vida, un alimento proporcionado á su fuerza y á su valor: hé ahí la triple tarea de las *Hermanas del Refugio*. ¡Ay de mí! Todavía somos muy débiles; pero ya he encontrado corazones de buena voluntad. Día vendrá en que, unidas todas por amor comun, seremos fuertes. Entonces nuestros misioneros recorrerán, visibles solamente por sus beneficios, todas las clases de la sociedad. Estas Hermanas de caridad, estas curanderas de almas, no huirán ninguna miseria, no se estremecerán ante ningun disgusto. En cada zahurda tendremos una Magdalena; una dama de Miramon en cada salon. Y entonces, á

la par que viviendo la vida humilde devuelta á las mujeres, sin envanecernos de nuestra fuerza, seremos omnipotentes para el bien. ¡Oh! hermanas mías, dejemos á los hombres, sin el mas mínimo pesar, su obra orgullosa de civilizadores de la humanidad. Dejémosles sus fanfarronadas de triunfo, las fiebres de la lucha, las embriagueces del poder. Humildes auxiliares de la grande obra humana, prosigamos nosotras en la sombra nuestra mision de amor.

La condesa de Monte-Cristo hablaba, y con la frente inclinada, las manos unidas, las dos *Hermanas del Refugio* la escuchaban, y sentian inflamarse su corazón al contacto de este brasero de amor, como una hoja de papel que se acercaría á una llama.

— ¡Oh! suspiró madama de Puysaie, ¿cómo podré yo llegar jamás á ser digna auxiliar de una santa como vos?

— Lo sois ya, hermana mia, respondió la señora de Monte-Cristo, estrechándola tiernamente entre sus brazos. Sin embargo, os está reservada una prueba última. Destinada á volver á entrar en el mundo, para proseguir la parte de nuestra mision que os será indicada en él, es preciso que, por algun tiempo, por algunos dias quizá... tal vez por algunos meses y años, os separeis de él completamente. Desde hoy, un nuevo ser se despierta en vos. Como la mariposa se despoja de su crisálida, es necesario que olvideis todo lo que habeis amado y todo lo que habeis aborrecido. En nuestra conducta, hermana mia, no debemos dejar subsistir ninguna tendencia egoista y personal. Para todos trabajamos, y no solamente para los nuestros.

No temais, sin embargo, que intereses tan caros á vuestro corazón sean abandonados. Otros velarán fielmente sobre Cipriana. Al dejarla, no haced de ella una huérfana. Le dais por madres todas vuestras hermanas en Dios, y todas las *Hermanas del Refugio*.

— Mandad, ordenad, dijo sencillamente madama de Puysaie, y obedeceré.

El sol iluminaba completamente el día, y en el gabinete del conde de Puysaie pasaba una escena enteramente diferente.

Loredano, el baron Matifay y el inevitable coronel Fritz, discutian las cláusulas del contrato.

Títulos de renta y de propiedad llenaban toda la ancha mesa. Se hablaba del valor de tal finca, del producto de tal granja, de la muerte probable ó lejana de tal tío ó de cual tía.

Solamente quedaba una finca que no se pensaba en estimar, — Cipriana.

¿Tal vez no se pensaba en ella porque era inestimable?

Creo no obstante que en este trio de hombres, el baron Matifay tenia solo opinion.

No regateaba evidentemente sino por hábito, ó para que no se le escurriera la mano. Largo tiempo habia que estaba resuelto á hacer todos los sacrificios para lograr ese objeto de sus ardientes, de sus postreros deseos quizás: — Casarse con Cipriana.

Este ardor, esta fiebre física, ensayaba en balde de disimularlos bajo maneras mojigatas é hipócritamente paterna-

les. Se denunciaba en los fulgores que, de tiempo en tiempo, encendian involuntariamente sus párpados, en el estremecimiento nervioso de sus manos, en las vacilaciones de sus labios.

El coronel Fritz se apercibió bien de ello, y como hábil mercader de carne humana, se aprovechaba para arrancar una á una concesiones nuevas al banquero.

En cuanto á Loredano, humillado, hasta el fastidio, de este manejo, aparentaba un aire indiferente y frívolo. Pero sus ojos inquietos no podian disimular enteramente la turbacion de su alma, y quizá se hubiese necesitado rogarle muy poco para hacerle arrojar de un solo empujon á la puerta, al coronel y al banquero, al novio y al mediador.

Entonces, para darse ánimo, se repelia sordamente:

— ¿Qué me importa? Seria un loco si creyera en las protestas de la condesa. Cipriana no es hija mia.

¡Cipriana no es hija mia!

Esta idea, que en otro tiempo le hacia brincar de dolor y de rabia, que le habia perseguido tan largo tiempo en las pesadillas de sus noches desesperadas, era hoy la tabla á que se agarraba con toda la energía de que se sentia todavía capaz.

Es que esta idea solamente le daba fuerza para sacrificar á Cipriana, y fuera de este sacrificio, le faltaba toda otra via de salvacion.

Estaba absolutamente arruinado, vergonzosamente arruinado, — toda su fortuna, realizada en seguida, no habria bastado para colmar la mitad del abismo de sus deudas. La suntuosidad y el lujo que todavía ostentaba, no era sino el resultado de un artificio, de una ilusion de crédito asentado el uno sobre el otro. — Que llegase á manifestarse una desconfianza ó á pronunciarse una palabra, y todo el edificio se desplomaba lamentablemente.

Entonces... entonces era la miseria, mas que la miseria, la bancarota.

Ahora bien, al rey no le gustaban las bancarotas, en prueba de ello, la condenacion reciente de ilustres agiotistas, cuya impunidad parecia segura por su clase elevada.

Luego, aun absuelto, un de Puysaie quebrado, fallido. ¿Era eso posible?...

Por su union con Matifay, al contrario, restablecia su fortuna, y se encontraba, de un dia á otro, en una posicion mas próspera que nunca. La influencia considerable de este yerno, unida á la que habia conservado, á pesar de sus faltas, formaban una alianza á la cual nada podria resistir.

Oráculo del barrio de San-German, y yerno de un Laffitte; apoyándose con una mano en la nobleza, y con la otra en la fuerte espalda de la clase media, — ¿á qué posicion, por mas alta que fuera, no podia pretender?

Entonces (al menos se hacia esta promesa)... volveria al trabajo. El vértigo de los negocios públicos le permitiria olvidar las traiciones de su interior. Ya no habria para él mas pasion de allí en adelante, que la de la ambicion. — ¡Viva la ambicion!

La discusion estaba terminada, todo el mundo de acuerdo. Matifay, guardando los documentos y titulos rentísticos en

una ancha cartera de piel de zapa, con cerradura de plata, se despidió, encargándose de comunicar al notario las bases del contrato. El coronel se frotaba las manos guiñando el ojo hácia Loredano, como para decirle:

— ¿Hein?... ¿cómo lo hemos arreglado?...

— ¡A propósito! preguntó Matifay volviendo á entrar, ¿para cuándo la firma?

Y con brusquedad, — pues esas fingidas sonrisas, esas protestas falsas, esos cálculos desvergonzados empezaban á sublevarle el corazón:

— Lo mas pronto posible, respondió M. de Puysaie. Para mañana por la noche.

Hasta mañana por la noche. ¡Pobre Cipriana!

## XXIV

## ¡FELICES LOS RICOS!

Al siguiente dia, en el palacio de Puysaie habia una fiesta; los grandes salones iluminados; los lacayos vestidos con sus mas brillantes libreas; el patio de honor lleno de carruajes.

Uno á uno, iban llegando los coches delante del toldo del umbral, y sus nobles propietarios, diplomáticos con corbata blanca, jóvenes agregados de delgadez aristocrática, oficiales superiores barrigudos, viudas regordetas, inexpertas, de hombros enjutos, subian con lentitud las diez gradas del pórtico.

Mientras todos desfilaban majestuosamente entre las hileras de lacayos con calzon corto, por fuera, en la acera de en frente; la muchedumbre se habia agolpado, y, no sin envidia, admiraba.

¡Felices los ricos!

— Ese es un marqués por lo menos.

— ¡Un embajador!

— ¡Un ministro!

— ¡Mira, el duque de Lenoncourt!

— ¿Quién? — ¿Aquel regordetillo?

— No, — el flaco; un famoso ricachon nada menos, aunque es tan gordo como un ciento de clavos. — Parece que tiene quinientos francos al dias.

— Con que engordar un buey.

— No puede consumirlo todo, ¡pardiez!

— Dos *beefsteaks* en cada comida, es todo lo que se puede tragar, aun cuando sea uno emperador de la China.

— ¡Oh! — qué coche tan hermoso!

— ¿Y ese?

— ¿Y este?

— ¿Es un sarao?

— ¡Un casamiento!

— ¡No!

— ¡Si!

— Me parece que debo saberlo bien yo, exclamó un joven pasante de notario empujando sobre la punta de los pies. *Es de los clientes de nuestro despacho.* Esta noche se firma el contrato de casamiento de la señorita de Puysaie con el baron de Matifay.

A esta revelacion del salta-arroyo, asi como un airecillo fresco arruga la superficie de un estanque, así circuló un murmullo de admiracion por la muchedumbre.

¡Y cómo no! acababa de nombrarse á Matifay, « el mas honrado y rico de la Francia » ¡Matifay!... tres silabas mágicas que evocaban súbitamente, ante los ojos de los menos perspicaces, — esas grandes arcas de bronce, donde el oro leonado reluce sobre el blanco mate de los herrajes de acero, — pilas de luises de oro, altas como columnas, — guineas en platillos como en los escaparates de los cambistas, — monedas de cinco francos para removerlas con la pala, — billetes de banco para pesarlos á la libra como papel viejo.

¡Felices los ricos!

Se murmuraban entre vecinos, en voz baja y conmovida, los pasajes de la leyenda de Matifay.

Llevaba siempre, segun parece, en el bolsillo izquierdo de su gaban un millon quinientos mil francos, y un bono de la misma suma en la caja de su reloj. « Es tan cierto como os lo digo, caballero. »

¿Qué sé yo? todas las anécdotas, y siempre las mismas, que el pueblo se repite, atribuyéndolas alternativamente á los ilustres del momento.

La de los melocotones en invierno encontrados por de pronto demasiado caros, y pagados el doble despues que la vendedora ha mondado uno para hacerlo probar.

La de la cartera confiada durante algunos segundos en manos de un comisionista, á quien el baron, de buen humor, reclama despues setenta y cinco francos de interés, al cinco por ciento, por este depósito de un minuto.

Y otras muchas aun, que han tenido por actores los hacendistas de todos los tiempos, los Bouret y los Lafitte, los Law y los Matifay, para venir en fin á abultar ese cuento de las *Mil y una Noches* contemporáneo, cuyo héroe lleva el nombre de Rothschild...

Otros, — véase si hay hombres de imaginacion, — que cinco minutos antes ignoraban todavía por quién rodaban todos esos coches, por quién todas esas arañas estaban encendidas y todos con trajes de gala, — pretendian ahora dar pormenores exactos y precisos sobre los esplendores del castillo de boda.

Y las hipérboles seguian abultando...

Eran, en sus labios elocuentes, manantiales de diamantes y de rubies. Se removian los topacios y las perlas finas por fanegas. Las amatistas no costaban nada. En cuanto á los cachemiras, ¡bah! se contaban por docenas como las rodillas, y habia mas encajes todavía que cachemiras...

A la relacion de estas maravillas, bajo las trenzas lisas, rubias ó castañas, los ojos negros ó azules, muchos ojos atónitos y revoltosos se encendian.

Muchos pechos palpitaban de envidia bajo los vestidos de telas oscuras. Muchas voces murmuraban por lo bajo :

— ¡Qué feliz es!

¡Dichosos los ricos!

¡Ah! si hubiesen podido ver á Cipriana, pálida, inerte, esperando la hora fatal como el condenado espera la del suplicio. Si la hubiesen visto estremecerse de disgusto y de terror bajo la mirada de Matifay, y ensayando en balde abandonarle sin estremecimiento su mano contraída.

¡Ah! ciertamente entonces, las muchachuelas de la calle, con sus dedos picados de negro por la aguja, con labios risueños, ¡oh! ciertamente, — ni por los cachemiras á docenas, ni por los encajes de Inglaterra tejidos por hadas con hilos de la Virgen, ni por los rubies, los diamantes y las perlas de la maravillosa canastilla, — habrian querido cambiar el vestido de lanilla debajo del cual, al menos, latia un corazon desprendido y libre.

Los dias son largos, es verdad, y las noches glaciales. Cuando la velada se prolonga, los ojos pican muchísimo bajo los resplandores amarillos de la lámpara. Si, el trabajo es penoso, y el salario corto...

Es verdad que en la vidriera iluminada de los almacenes, el raso refleja, las joyas brillan, y se tiene deseo de todo aquello. Pero tambien se puede amar á quien se quiere. Ninguna cuestion de interés ó de casta separa dos corazones que se llaman. No teniendo por todo bien mas que su trabajo, si las desposadas son escogidas, es que son las mejores y las mas amadas.

Vaya, muchachuelas, no os quejeis de vuestro destino. Mas de una vez la dama con vestido de seda, arrastrando con su brazo su gotoso millonario, se ha vuelto al veros pasar ligera y rozagante, agarrada al brazo del bello joven, vuestro marido. Os ha envidiado á vos que la envidiais. — No sabeis cuántas tristes niñas han llorado deseando vuestra miseria libre. — ¡Ah! ¡cuántas lágrimas, chiquitas mias, han caido silenciosas sobre el raso de seda y el terciopelo! ¡Cuántas lágrimas han humedecido las mejillas de las duquesas, y á menudo tambien, ¡ay! las de las mas augustas víctimas, — sacrificadas á la razon de Estado, como las ricas lo son á la viudedad!

Los convidados entraban uno á uno en el gran salon, donde el conde de Puysaie los recibia. El conde parecia inquieto, y de tiempo en tiempo miraba, con visible impaciencia, la puerta por donde debia llegar su mujer.

¡La condesa de Puysaie hacerse esperar en semejante circunstancia! — Madama de Puysaie ausente, cuando sus convidados aflujan ya, eso era una heregia de etiqueta demasiado grave para que pasara inadvertida.

Se cuchicheaba en todos los rincones del salon.

Ya por dos veces, el conde habia enviado á prevenir á la condesa. Ningun lacayo habia vuelto, y la condesa no llegaba.

Sin embargo, no se esperaba á nadie mas que á ella, y ya el notario, abriendo su cartera de piel negra, habia dispuesto de una manera metódica, delante de él, los pliegos de papel sellado del contrato.

El conde dirigió un vistazo al coronel Fritz, que comprendió y salió en seguida.

Dos minutos despues, volvió al salon con las cejas arrugadas, y yéndose directamente hácia Loredano, le murmuró algunas palabras al oido.

El conde no pudo dominar un estremecimiento que notaron todos. Pero recobrando en seguida su maravilloso imperio sobre sí mismo :

— La condesa está algo indispueta, dijo, y se hace excusar por su tardanza de algunos minutos. Esperamos que este accidente será de poca duracion.

Y haciendo señal al doctor Ozam, su médico, que estaba en pié cerca de la chimenea, le tomó familiarmente por debajo del brazo, y salió con él.

Inmediatamente despues de su salida, se renovaron los cuchicheos á mas y mejor. Nadie se atrevia á hablar alto, á causa de Cipriana y de Matifay.

Consagrado enteramente á su amor, el banquero apenas notó el accidente, y se deshacia en protestas al lado de la joven, que escuchaba pálida y con los ojos bajos.

Este casamiento habia formado muchos envidiosos en derredor del conde de Puysaie, para que no se intentase interpretar de la manera mas desfavorable posible aquel inesperado incidente.

— La condesa, decia uno, no es mujer nerviosa, para no vencer una pequeña indisposicion en una circunstancia tan grave...

— ¿Quién sabe? murmuraba otro, meneando la cabeza, yo creo que ella jamás ha sido muy partidaria de este casamiento.

— El hecho es, añadió una tercera, que da lástima sacrificar así á una joven.

Esta tercera interlocutora, inútil es decirlo, tenia por casar una mocetona de veinte y cinco años, que hubiera querido sacrificar lo mismo.

— Todo eso, murmuró un señor anciano en otro grupo, es una comedia. La condesa está tan enferma como yo.

— ¿Entonces?

— Entonces rehusa su consentimiento, hé ahí todo. Está á matar con el pobre Loredano, cuyas calaveradas ha sabido, y ahora está muy contenta de hacerle una buena jugarreta.

— ¡Rehusar un yerno como Matifay!... señor marqués, ¿lo habeis pensado bien? Si hiciera una señal, todas las madres que están aquí le arrojarian sus hijas al cuello, y hasta se casarian con él si lo exigiese.

— Creo que nos calunniais.

— ¡Dios me guarde de ello! Hablo de las que tienen hijas casaderas. — Y vos estais aun lejos de eso.

— ¡Eh! no tan lejos; Lucila tiene ya seis años.

— Pongamos catorce, murmuró el viejo escéptico, y no hablemos mas de ello...

Entretanto Loredano y el doctor Ozam habian subido á toda prisa la escalera que conducia á las habitaciones de madama de Puysaie; ya el médico, que conocia bien la casa, ponía la mano en el boton de la puerta.

El conde le detuvo.

— Doctor, dijo, ¿sois un hombre honrado?

M. Ozam levantó su bella cabeza, coronada de una espesa cabellera blanca, y mirando fijamente al conde con sus anchos ojos de claro azul :

— Así lo creo, dijo.

— ¿Y si os confiesan un secreto del cual depende la dicha, el honor de toda una familia, seriais capaz de guardarlo?...

— Me han confiado en mi vida mas de cien secretos de ese género, respondió sencillamente el doctor. Y no sé por qué, pero los he olvidado todos.

— Me hace falta mas que el olvido, continuó vivamente el conde. ¿Os hariais cómplice de una mentira?

El doctor Ozam frunció sus espesas cejas.

— ¡Oh! de una mentira perfectamente inocente, os lo juro, prosiguió el conde. De una mentira que solo puede salvar eso de que os hablaba poco há : ayudadme á proteger el honor y la dicha de mi familia.

— Yo solo, dijo el doctor, soy juez de la conducta que observaré. Todo lo que puedo prometeros ahora, es que me callaré, — que acepte ó rehuse prestaros mi ayuda...

— ¡Ved, pues, entonces! exclamó M. de Puysaie abriendo violentamente la puerta.

El aposento estaba vacío, la cama apenas deshecha, como la de una persona que no se ha acostado y no se ha tendido sino durante algunas horas, sin desnudarse. Un armario abierto de par en par estaba vacío. Algunos objetos de mujer, olvidados, estaban esparcidos por los sillones.

— ¿Y bien? preguntó el doctor, interrogando á Loredano con la mirada.

— ¡Y bien! respondió este, ¿no comprendeis que se ha marchado, que ha huido?... ¡Qué escándalo!... Aparentemente, habia consentido en todo; y hé aquí lo que me reservaba.

Sacó un papel arrugado que tenia en su pecho, y dándolo solo al doctor :

— Mirad; ved lo que me escribe :

— « Señor conde, — leyó el doctor Ozam, — me siento muy débil para resistir á vuestras amenazas y arrostrar directamente vuestra cólera. Pero soy demasiado fuerte tambien para consentir en sacrificar á nuestra hija por la reconstruccion de vuestra fortuna. »

— ¡Nuestra hija! repitió amargamente el conde.

— « No atreviéndome á decir « no » abiertamente, — continuó el doctor, — huyo ante esta prueba. — No me busqueis, toda investigacion seria inútil. »

— ¡Eso lo veremos! rugió Loredano.

— « No me volvereis á ver sino el dia en que vuestra decision respecto de Cipriana haya cambiado. ¡Ah! por última vez, amigo mio, fui muy culpable con vos; pero no hagais recaer el peso de mi falta sobre una frente inocente. — Cipriana, os lo juro, ¡Cipriana es vuestra hija!... »

El conde se habia dejado caer en un sillón, con los brazos caidos.

— ¿Qué hacer ahora? ¿Cómo explicar esta partida?...

— ¡Pardiez! dijo el doctor Ozam sonriéndose, prolongar el expediente que tan felizmente habeis ideado. ¿Nadie ha entrado aquí, supongo?...

—Nadie, sino yo y el coronel Fritz. — Estoy seguro del coronel.

— ¡Ah!... exclamó el doctor, envolviéndole de nuevo con esa singular mirada clara azul, viva como una llama, que le era particular. Entonces, nada mas sencillo que ganar tiempo. Madama de Puysaie está muy enferma, yo mismo lo afirmaré y cada día vendré á hacerla dos ó tres visitas. Al cabo de algunos días, si es necesario, la enviaremos al campo, á las aguas... ¿qué sé yo?

— Eso no podrá durar largo tiempo, exclamó el conde. Ya sabéis que el mundo tiene ojos capaces de leer á través de las paredes, oídos para los cuales todo es perceptible, hasta el pensamiento mas íntimo. Antes de quince días, se divulgará nuestro secreto hasta por los tejados.

— De ese modo, respondió friamente el doctor Ozam, preciso es que madama de Puysaie sea encontrada antes de quince días.

— Pero ¿dónde? ¿cómo?... ¡La policía!... Había pensado en ello al principio... Pero ¿no sería ese el medio mas seguro para difundir mas pronto los rumores que queremos ocultar?

— Por eso no he querido yo hablar de la policía.

— En ese caso ¿qué medio?

— Está indicado en esta carta, señor conde; renunciad al casamiento de vuestra hija.

— ¡Jamás! exclamó violentamente M. de Puysaie.

— Hareis lo que os plazca, dijo el doctor Ozam. Y sin embargo, — os lo repito, — yo que conozco bien á M. Matifay, puesto que he cuidado en otro tiempo á su hija adoptiva,

— os aconsejo, personalmente, que renunciéis á ese casamiento.

— ¿Acaso sabriais...?

— Nada absolutamente, puesto que olvido todos los secretos que se me confían. Reflexionad, no obstante, señor conde. Por ahora, yo me encargo de despedir á vuestros convidados, sin que ninguno sospeche el secreto de esta pequeña comedia medical.

Cinco minutos despues del fin de esta conversacion, la pesada puerta cochera se cerraba con ruido tras del último coche, y el conde de Puysaie quedaba solo, en medio de un pueblo de sirvientes, en un palacio desierto.

Solo, muy solo, puesto que estaba convencido de que Cipriana no era hija suya.

Por lo que respecta á Cipriana, á quien se dejaba todavía ignorar la verdad, y á quien no se permitía, no obstante, penetrar en el cuarto de su madre, so pretexto de contagio, — veía, es verdad, su casamiento aplazado, pero no roto.

Por otra parte, aquella enfermedad misteriosa la sumergía en un mundo de lúgubres suposiciones.

¿Quién sabe si el conde no había sido capaz, en un momento de cólera...?

Y entonces la pobre niña se acusaba. Ella hubiera debido ocultar mas completamente sus repugnancias para no provocar un conflicto entre su padre y su madre...

De modo que el rico palacio, de tan lujosa apariencia, no ocultaba sino miseria, ruina, desesperacion.

¡Felices los ricos!

## SEGUNDA PARTE

### Un Empresario de vicios.

#### I

#### EL CAFÉ DE LOS BANDIDOS.

No era una de esas tabernas cuyo prototipo ha sido descrito por Eugenio Sue. El café de que se trata aquí tenía una de sus fachadas en el cuadrado de los Mercados, la otra daba á la calle de Rambuteau. Dorado, provisto en el primer piso de dos billares de caoba, alumbrado con gas, bien acreditado y sin ninguna apariencia siniestra.

Su clientela se componía á la vez de pequeños rentistas de la vecindad, que venían todas las noches, desde las nueve hasta las once, á jugar su partida en el primer piso, y de numerosos empleados del mereado, que invadían el piso bajo en el momento en que los clientes de arriba iban á dormir. Por eso el piso bajo no ofrecía las apariencias lujosas del primero; se componía meramente de un largo corredor medio cerrado por un mostrador forrado de estaño; cerca de la puerta, la ostrera y el mandadero de rigor; en el pavimento, una espesa capa de paja mojada, desmenuzada y manchada por los piés de los consumidores; en el fondo, una escalera de caracol, de donde de tiempo en tiempo descendían dando vueltas como un torbellino los delantales blancos de los mozos; eso era todo.

A mano derecha, una puerta daba á una pieza lateral, algunas gradas mas baja, llamada « *la buvette* », y también la bodega. Este reducto, muy poco terrible por otra parte, era el que se designaba mas especialmente con el nombre lúgubre de: *Café de los Bandidos*.

Los mas antiguos parroquianos del café referían una leyenda acerca de este título.

Parece que en otro tiempo, — ¿hacia veinte años ó seis meses? nadie hubiera podido decirlo, — se había apesado, durmiendo la borrachera del crimen sobre una mesa de pino, manchada de vino, á dos hombres que acababan de asesinar á una pobre revendedora de la calle Montmartre.

¿Cómo se llamaba esta revendedora y cómo se llamaban estos hombres? Nadie lo recuerda. Pero ¿qué importa? Este acontecimiento había llamado la atención sobre el café-taberna, entonces poco acreditado. Primero vino la gente por curiosidad, luego por costumbre, y el Café de los Bandidos se había aprovechado de este reclamo de sangre.

Hoy, á despecho de la tradición, nada mas inocente que este lugar, donde los estudiantes de primer año y los aprendices literarios, excitados por la lectura de los *Misterios de Paris*, vienen á buscar emociones fáciles. Cinco ó seis cargadores del mercado vaciaban fraternalmente una botella; nuestro amigo José y Clemente, en pié delante del mostrador, bebían su vaso de rosoli con agua, y un sólo grupo hubiera podido llamar la atención de aficionados á lo pintoresco.

Este grupo estaba compuesto de Jacquemin y Chinela.

Jacquemin, apoyado en los codos, miraba con aire absorto el fondo de su vaso, y, en frente de él, Chinela se rascaba melancólicamente la punta de su nariz roja.

M. Gigant acababa de dejarlos y ellos reflexionaban sobre la promesa que habían hecho.

A pesar del embrutecimiento de la borrachera, alguna cosa parecida á un remordimiento se agitaba confusamente en el fondo de sus almas. La sombría acción, á la cual acababan de comprometerse uno y otro, les repugnaba. Chinela atormentaba en el fondo de su bolsillo los luses de oro que acababa de darle el tentador, como un « á cuenta » del precio de su conciencia, y repetía como un refrán las últimas palabras que había pronunciado.

— Podré dar algunos consuelos á la Pippione.

¿Era esto una excusa á la traición? Intentaba demostrarlo y no podía conseguirlo. — ¡Qué! Ursula había sido desde hace largas semanas el ángel guardian de su hija, había velado cerca de su lecho, compuesto su ropa hecha pingajos, restablecido un poco de alegría en aquel tugurio donde se extinguía una agonizante, y él iba á secundar un rapto odioso, pues la explicación de M. Gigant no había llegado á convencerle, y él sabía bien que se trataba realmente de un rapto.

En cuanto á Jacquemin, ¿qué veía en el fondo de su vaso? Su vida tan bella, tan honrada, tan feliz en otro tiempo,